

EXHORTACION RADIAL "DAL NOSTRO CUORE"(*)

(10-II-1952)

PREGON FUNDAMENTAL DEL MOVIMIENTO "POR UN MUNDO MEJOR"

PIO PP. XII

AAS

1. Un grito de alarma: ¡a la acción!

44 Desde Nuestro corazón os llega, amadí-
 158 simos hijos e hijas de Roma^[1], esta
 paternal exhortación; desde Nuestro
 corazón, intranquilo, por una parte a
 causa de la prolongación de las peli-
 grosas condiciones externas que no
 acaban de despejarse, y por otra, a
 causa de la indolencia, tan extendida,
 que impide a muchos emprender aque-
 lla vuelta a JESUCRISTO, a la Iglesia y

a la vida cristiana, que tantas veces
 hemos indicado como único remedio
 y solución total de la crisis que agita
 al mundo. Pero la confianza de encon-
 trar en vosotros el aliento de la com-
 prensión y la firme prontitud en la
 acción Nos ha movido a abriros Nues-
 tra alma. *Escuchad hoy de los labios
 de vuestro Padre y Pastor un grito de
 alerta; de Nos, que no podemos quedar
 mudo e inerte ante un mundo que ca-*

(*) A. A. S., 44 (1952) 158-162. Por la excepcional importancia que había de tener en lo sucesivo esta *exhortación* de Pío XII y por sus vastas y profundas consecuencias prácticas que de ella se derivan para todo el mundo se creyó conveniente y necesario incluirla en esta "Colección" y aun de agregar en la NOTA (1) dos otros discursos del Papa en los que manifiesta su voluntad de ver propagado el *Movimiento por un Mundo Mejor*, anunciado primero en Roma, a todo el orbe cristiano.

La *Alocución* de Pío XII no estaba "llena de fórmulas menudas; quería, ante todo, suscitar aliento; era una invitación a revisarlo todo para organizar mejor el campo católico y con él la humanidad". Así, el pregonero número uno de este movimiento, P. Ricardo Lombardi (en "Pío XII por un Mundo Mejor", Ed. Balmes, Barcelona, 2ª edic. 1956, p. 462).

Los pensamientos de Pío XII al respecto tanto anteriores como posteriores a este "Pregón" se hallan consignados y comentados en el libro de su principal apóstol y motor que acabamos de nombrar.

En efecto, las ideas, los medios y la extensión de "Un Mundo Mejor" se encuentran esparcidos a lo largo de casi todos los documentos pontificios, aun el Sacro Colegio de Cardenales había de ser en este "mundo mejor" "la imagen viva de la Iglesia" (*Alocución* al Sacro Colegio en el Consistorio del 12 de enero de 1953 sobre la Supranacionalidad de la Iglesia).

El fundamento del *Movimiento* ya se halla en la primera Encíclica *Summi Pontificatus*, del 20-X-1939, sobre las necesidades de la hora presente —en su primer Mensaje de Navidad 24-XII-1939, entre las cinco premisas para la paz anuncia luego una "Cruzada espiritual", la cual es llamada en su discurso a los Universitarios del 20-IV-1941, la "Cruzada más noble y santa", para lograr, como dijo a los Hombres de la Acción Católica Italiana, 20-IX-1942, el "nuevo orden" de cosas en el mundo; para ello se exige también "un nuevo orden social, como dijo en el discurso sobre la civilización cristiana con ocasión del quinto aniversario de la guerra, el 1-IX-1944, al cual han de colaborar todos los obreros, según las palabras del discurso por la Paz del mundo, dirigido a los trabajadores de Italia, el 13-VI-1943, el cual orden comprende tanto la "restauración material" como la "curación espiritual" según explica en el Mensaje Radial de Navidad, 24-XII-1943.

Fundamental para este "mundo mejor" es la santificación del clero en su persona y en su ministerio, como Pío XII señala a los sacerdotes en su "Exhortación" *Menti Nostræ*, 23-IX-1950, sobre la santidad de la vida sacerdotal.

Después del "Pregón" explícito del "Mundo Mejor" 10-II-1952 dirigido a los Romanos lo hace extensivo como "consigna de la Acción Católica" a todo el mundo al hablar sobre la acción iluminadora y vivificante a los Hombres de la Acción Católica Italiana, el 12-X-1952 [en la *Nota (1)* del presente documento, pág. 1909, se reproduce el texto].

Para este "Mundo mejor" no es suficiente que se depure la "técnica" (Radiomensaje navideño, 24-XII-1953) sobre la paz como plenitud de verdad; ni basta "deplorar los males" documento sobre la Televisión al Episcopado de Italia, 1-I-1954; se han de actualizar y movilizar para ello todas las fuerzas (*Alocución* en la proclamada fiesta de María Reina, 1-XI-1954), y en que ha de figurar todo lo "social" que no es ajeno a lo "religioso" y a la Iglesia misma (*Alocución* al Sacro Colegio y al Episcopado Católico sobre el Sacerdocio y el Gobierno pastoral, 2-XI-1954), y así Pío XII sucesivamente; en una palabra, el *Movimiento por un Mundo Mejor* es una renovación de toda la vida humana y cristiana. (P. H.).

(1) Este nuevo movimiento fue anunciado primero por el Papa mismo al pueblo Romano, pero no debía limitarse a él, sino difundirse por todo el mundo, pues, este toque de atención: "basta,

no se puede continuar así", como lo define el P. Lombardi, un toque de alarma para los espíritus generosos: "adelante, transformad el mundo", esta "renovación general de las almas y de las insti-

mina sin saberlo por los derroteros que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos. El sentimiento de Nuestra responsabi-

tuciones proclamada en toda la Iglesia por su cabeza visible, y, a través de la Iglesia, en el mundo entero", por sus mismas leyes e impulsos debió hacerse universal.

Reproduciremos a continuación *primero* la parte del discurso dirigido por Pío XII al nuevo Embajador de Paraguay (10-III-1952) pronunciado en castellano (ver AAS 44, 226) en cuanto diga relación con el Movimiento por un Mundo Mejor. En él extiende por primera vez este movimiento al mundo entero. En *segundo* lugar daremos el discurso íntegro que Pío XII dirigió a los hombres de la Acción Católica Italiana con motivo del 30 aniversario de su unión (12-X-1952) en el cual presenta la consigna del *Mundo Mejor* a la Acción Católica y extiende oficialmente el *Pregón* a todas las diócesis del mundo.

AAS 44 1. *Discurso de Pío XII al nuevo Embajador de Paraguay, Juan Emilian O'Leary (10-III-1952; AAS 44 [1952] 226-229 "Con la presentación"):*

1. *Benéfico influjo de la religión en la vida de los pueblos.* Una profunda penetración de la Religión en la vida privada y pública es capaz de purificarlo todo; nada destruye, si no es el pecado; nada quita, que sea justo, a la autoridad de los que gobiernan; a los unos y a los otros los educa con el sentido de la responsabilidad ante una ley eterna, que ha fijado los límites sagrados más allá de los cuales no pueden ir ni el abuso del poder ni el exceso de la libertad. Dentro de tan inviolables fronteras, cuyos hitos son los más sólidos principios, los matices naturales de cada gente y de cada momento, las oscilaciones ocasionadas por los diversos sistemas o las distintas preferencias —dentro de lo puramente político— conservan y ejercitan aquella exacta libertad de actuación y de movimientos, sin la cual, en el campo de lo temporal, nunca podrá realizarse el equilibrio de las opiniones encontradas acaso, pero siempre admisibles, que deben circular como linfa vital de las venas del complejo organismo nacional.

Así un pueblo religiosamente vivo, en la plena conciencia de sus propios medios y con los ojos imperturbables en aquellas metas supremas universales que se alcanzan más allá de los estrechos confines nacionales, podrá mirar impertérrito al porvenir, aunque le haya tocado vivir días tan tristes y nebulosos como los nuestros. Ni los desencantos del pasado le han amargado el corazón, ni los peligros del futuro le paralizan para el mañana.

El vive serenamente el día de hoy, con conciencia pura y varonil; sabe que su futuro desarrollo y potencialidad serán proporcionados a la firmeza con que ahora sepa mantener su posición, a la vigilancia con que consiga observar y prevenir los peligros paladines y solapados, y a la generosidad con que sea capaz de consagrarse al cumplimiento de su deber propio y de todos los deberes que le corresponden por ser parte de la gran familia humana.

2. *La proclama del 10 de Febrero.* Con todas las ansias que pueden caber en el corazón de un padre, exhortábamos hace poco a los católicos de la Ciudad Eterna, y en ellos a los del mundo entero, a que despertasen cuanto antes, acabando de caer en la cuenta, valerosa, generosa y resueltamente, de lo que a todos y a cada uno les exige la gravedad del momento.

No Nos es leve consuelo, Señor Embajador, suponer que este llamamiento motivado por razones que no son de este mundo y encaminado a

lidad delante de Dios Nos exige que lo intentemos todo, que lo emprendamos todo para ahorrar al género humano tan tremenda desgracia.

finalidades que es inútil querer limitar o desviar, ha sido escuchado y seguido también en su remota patria. Si ha sido así, será para su mejor bien, para su más grande prosperidad, en todos los órdenes, para el pacífico progreso cultural y social de aquel amadísimo pueblo, al que, accediendo gustosos, a cuanto Vuestra Excelencia Nos ha pedido, damos de todo corazón, prenda de la bendición divina, y manifestación de nuestro inalterable afecto, la Bendición Apostólica.

II. *Discurso de Pío XII a los hombres de Ac. AAS Catól. Italiana (12-X-1952; A. A. S. 44 [1952] 830- 44 835, "Nel contemplare questa magnifica adunanza"):*

1. *Un rayo de sol triunfante en medio de negras nubes.* Al contemplar esta magnífica Asamblea de Hombres de Acción Católica la primera palabra que viene a nuestros labios es de agradecimiento a Dios por habernos concedido el don de un tan grandioso y devoto espectáculo; en segundo lugar de reconocimiento hacia vosotros, queridos hijos, por haber querido actuar ante Nuestra mirada gozosa.

Nos sabemos bien qué amenazadoras nubes se condensan sobre el mundo y sólo Nuestro Señor Jesús conoce vuestra continua preocupación por la suerte de una humanidad de la que el Supremo Pastor invisible, quiso que Nos fuésemos visible padre y maestro. Mas ésta avanza por un camino que cada día se presenta más arduo, mientras debía suceder que los medios portentosos de la ciencia deberían, no decimos "*sembrarlo de flores*", pero sí disminuir, al menos, si no ya extirpar totalmente, el cúmulo de tribulaciones y de espinas que lo bordean.

Sin embargo, de vez en cuando —para confortarnos en esta Nuestra ansia inquieta— quiere Jesús, en su bondad, que las nubes se disuelvan y aparezca triunfante un rayo de sol; signo que ni las más oscuras nubes destruyen, sino que tan sólo ocultan su fulgor.

2. *La falange gloriosa de la Acción Católica.* He aquí, en este momento, un pacífico ejército de hombres militantes en la Acción Católica Italiana, cristianos vivos y vivificadores, pan bueno y a la vez fermento preciosísimo en medio de la masa de los demás hombres; ciento cincuenta mil, la mayor parte de padres de familia que viven su bautismo y se preparan para hacerlo vivir a los demás. Pero no estáis todos. Centenares de millares de hombres católicos, retenidos en su lugar por graves motivos, están sin embargo aquí presentes con el ardor de su espíritu, de su fe, de su amor. Hombres maduros y de toda condición; dirigentes, profesionales, empleados, profesores, obreros, agricultores, militares; todos hermanos en Cristo, todos unidos como en una sola palpitación de un solo corazón.

Quisiéramos que pudieseis admirar también vosotros el estupendo espectáculo que se ofrece en este momento a Nuestros ojos; deseáramos que sintieseis en lo profundo del alma con cuánto amor Nos quisiéramos —si fuera posible— descender en medio de vosotros y abrazaros a todos como si fueseis uno solo.

3. *Motivo de la Asamblea: 30 años de existencia ardua y fecunda.* Queridos hijos: habéis venido a Roma para festejar el trigésimo aniversario de vuestra Unión —la primera de las Asociaciones Nacionales de la Acción Católica—. Cinco años hace que los hombres que se reunieron en la ciudad eran setenta mil; hoy aquel número

2. En la fiesta de Nuestra Señora de Lourdes, progresiva renovación religiosa. Para confiaros estas Nuestras inquietudes, hemos escogido la festivi-

se ha duplicado y es algo más que un símbolo del multiplicado fervor de vuestra vida cristiana.

En aquel lejano septiembre de 1947 Nos bendecimos vuestra bandera y prendimos en ella una medalla de oro. Queremos deciros en este momento, a presencia de Roma y de Italia, que habéis correspondido bien a nuestra esperanza en estos años de luchas agudas por la civilización cristiana e italiana. Aquella medalla está bien allí, sobre vuestro estandarte, porque habéis sido los principales artífices de la resistencia que Italia, por sí y por el mundo, ha opuesto a las fuerzas del materialismo y de la tiranía.

4. *La nueva iglesia de San León, obra de la Acción Católica.* Hoy a mediodía un nuevo concierto de campanas se ha añadido sonoro de todos los bronce sagrados de la ciudad, que saludan a María, e invitan a los fieles a honrarla. En aquella hora vosotros os propusisteis ofrecernos, como Obispo de Roma, un regalo particularmente grato. En el corazón de un popularísimo barrio de Nuestra querida ciudad, por impulso de vuestro infatigable consiliario general, sobre los planes de un joven arquitecto, miembro de Acción Católica, entre la admiración de cuantos han podido conocer la complejidad del proyecto y la rapidez de la ejecución, gracias a la valentía y a la tenacidad de los técnicos, vuestra Unión ha hecho surgir, con todos los edificios y las obras anejas, una bella y espaciosa iglesia, sede parroquial, dedicándola a *San León Magno*.

5. *La obra civil y social de S. León Magno.* Creemos no molestar a nadie diciendo que de este Pontifice, grandísimo entre los grandes, pocos conocen la intrépida actividad por el bien civil y social de Roma y de Italia, por conservar la pureza de la fe y por ordenar mejor y reforzar la organización eclesiástica; quizá no muchos recuerden que una gran parte de su trabajo fue consumida en la lucha contra la herejía monofisita, que negaba a Cristo dos naturalezas, la humana y la divina, realmente distintas, sin confusión ni mezcla.

832 Pero todos saben que mientras *Atila*, rey de los hunos, descendía victorioso sobre Italia, devastando Venecia y Liguria, y se aprestaba a marchar sobre Roma, el Papa *León* reanimó al emperador, al Senado y al pueblo, todos presa del terror; partió después desarmado y fué al encuentro del invasor sobre el Mincio. Y *Atila* la recibió dignamente y se alegró tanto de la presencia del *Summus Sacerdos*, que renunció a toda acción de guerra y se retiró al otro lado del Danubio. Este hecho memorable sucedió precisamente en el otoño del año 452, recordando aquí gratamente con vosotros el décimo quinto centenario de aquel hecho.

6. *Amenaza que pesa sobre el mundo de hoy: una civilización entera sin Dios.* Queridos hijos, Hombres de Acción Católica: Cuando supimos que el nuevo templo iba a ser destinado a *San León I*, salvador de Roma y de Italia de la destrucción de los bárbaros, nos vino a la mente que tal vez vosotros queríais referiros a las condiciones y circunstancias de hoy. Hoy no sólo la ciudad e Italia, sino el mundo entero está amenazado.

¡Oh! No preguntéis cuál es el "enemigo" ni qué vestidos lleva. Este se encuentra por todas partes y en medio de todos. Sabe ser violento y taimado. En estos últimos siglos ha intentado llevar a cabo la disgregación intelectual, moral,

dad de la Virgen de Lourdes, que mañana celebramos, porque conmemora las prodigiosas apariciones que hace cerca de cien años dieron a aquel si-

social de la unidad del organismo misterioso de Cristo. Ha querido la naturaleza sin la gracia; la razón sin la fe; la libertad sin la autoridad; a veces la autoridad sin la libertad. Es un "enemigo" que cada vez se ha hecho más concreto con una despreocupación que deja todavía atónitos: Cristo, sí; Iglesia, no. Después: Dios, sí; Cristo, no. Finalmente el grito impío: Dios ha muerto; más aún, Dios no ha existido jamás. Y he aquí la tentativa de edificar la estructura del mundo sobre fundamentos que Nos no dudamos en señalar como a principales responsables de la amenaza que gravita sobre la humanidad: una economía sin Dios, una política sin Dios. El "enemigo" se ha preparado y se prepara para que Cristo sea un extraño en la universalidad, en la escuela, en la familia, en la administración de la justicia, en la actividad legislativa, en la inteligencia entre los pueblos, allí donde se determina la paz o la guerra.

Este enemigo está corrompiendo el mundo con una prensa y con espectáculos que matan el pudor en los jóvenes y en las doncellas y destruye el amor entre los esposos, inculca un nacionalismo que conduce a la guerra.

7. *La misión del Papa: vigilar y orientar.* Veis, queridos hijos, que no es *Atila* el que presiona sobre las puertas de Roma; comprendéis que sería vano hoy pedir al Papa que se pusiera en camino, fuera a su encuentro para detenerle e impedirle sembrar la ruina y la muerte. El Papa debe, en su puesto, vigilar incesantemente, orar y prodigarse a fin de que el lobo no termine por penetrar en el redil para robar y dispersar el rebaño (*Io. 10, 12*); incluso aquellos que con el Papa comparten la responsabilidad del gobierno de la Iglesia hacen todo lo posible para responder 833 a la preocupación de millones de hombres que, como expusimos en el pasado febrero, invocan un cambio de ruta y miran a la Iglesia como el único y eficaz timonel. Pero esto no basta hoy; todos los fieles de buena voluntad deben despertar del letargo y sentir la parte de responsabilidad que les incumbe en el éxito de esta empresa de salvación.

8. *Llamado a la Acción Católica para un Mundo mejor.* ¡Queridos hijos, Hombres de Acción Católica! La humanidad actual, desorientada, equivocada, desconfiada, tiene necesidad de luz, de orientación, de confianza. ¿Queréis vosotros, con vuestra colaboración, bajo la guía de la Sagrada Jerarquía, ser los heraldos de esta esperanza y los mensajeros de esta luz? ¿Queréis ser portadores de seguridad y de paz? ¿Queréis ser el grande y triunfante rayo de sol que invita a desprezarse y a laborar con tesón? ¿Queréis convertirlos, si así place a Dios, en impulsores de esta multitud humana como vanguardias que la precedan?

Entonces es necesario que vuestra acción sea ante todo *consciente*.

9. *Acción consciente.* El hombre de Acción Católica no puede ignorar aquello que la Iglesia hace e intenta hacer. El sabe que la Iglesia quiere la paz; que quiere una más justa distribución de la riqueza; que quiere elevar la suerte de los humildes y de los necesitados; sabe que Cristo, Dios hecho hombre, es el centro de la historia humana; que todas las cosas han sido hechas en El y por El. El sabe que la Iglesia, cuando pregona un mundo diverso y mejor, pien-

glo de desbordamiento racionalista y de depresión religiosa la respuesta misericordiosa de Dios y de su Madre celestial a la rebelión de los hombres: la irresistible invitación hacia el mundo de lo sobrenatural, primer paso para una progresiva renovación religiosa. ¿Y qué corazón de cristiano, por tibio y olvidadizo que sea, podrá resis-

sa en una sociedad que tenga por base y fundamento a Jesucristo, con su doctrina, sus ejemplos, su redención.

En segundo lugar, se precisa que vuestra acción sea *iluminadora*.

10. *Acción iluminadora*. En vuestras fábricas, en vuestras oficinas, por las calles, en los lugares donde tomáis el sano alimento o el necesario reposo, os acacerá enfrentaros con hombres "que tienen ojos para ver y no ven" (Ezeq. 12, 2). Hoy, por ejemplo, se encuentra alguna pobre gente persuadida de que la Iglesia, de que el Papa, quieren la destrucción del pueblo, quieren la miseria, quieren —parece increíble— ¡la guerra! Los autores y los propagadores de estas horrendas calumnias podrán escapar a la justicia de los hombres, pero no podrán sustraerse al juicio de Dios. "Vendrá un día..." ¡Señor, perdónalos! Entretanto, es necesario aprovechar toda ocasión para abrir los ojos a aquellos ciegos, más bien víctimas a menudo de engaño que culpables.

11. *Acción vivificadora*. Más aún. Es preciso que vuestra acción sea *vivificadora*.

La Acción Católica no será verdaderamente tal sino actúa sobre las almas. Las grandes asambleas, los magníficos desfiles, las públicas manifestaciones son ciertamente útiles, pero ¡lejos de confundir los instrumentos con el fin para el cual deben ser empleados! Si vuestra acción no llevase la vida del espíritu adonde reina la muerte; si no tratase de sanar aquella misma vida donde está enferma; si no la fortaleciese donde es débil, sería vana. Sabemos que vuestra presidencia general ha preparado un programa de trabajo "capilar" para hacer eficiente la presencia de los católicos militantes en todo lugar y con todas las personas en el medio en que viven. De aquella "base misionera" como se ha querido llamarla, sois, por tanto, vosotros los principales componentes y propulsores.

12. *Acción unificadora*. Vuestra acción sea, además, *unificadora*.

Permaneced unidos con miembros de una misma asociación; unidos con las diversas asociaciones; unidos con las otras Ramas de la Acción Católica. Pero permaneced unidos y hacedos promotores de unión también con las otras fuerzas católicas, que combaten vuestras mismas incruentadas batallas y están dispuestas a vencer en vuestra misma lucha. —Queridos hijos: ¿queréis ser fuertes? ¿Queréis ser, con la ayuda de Dios, invencibles? Estad prontos a sacrificar al bien supremo de la unión no decimos los caprichos —es claro—, sino cualquier idea o programa que pudiese pareceros genial. La unión, sin embargo, no es unicidad; ésta destruiría la variedad de las fuerzas; variedad que no tiene solamente un valor estético, sino que acarrea también ventajas estratégicas y tácticas de primerísimo orden.

13. *Acción obediente*. Vuestra acción sea, finalmente, *obediente*.

tir a la voz de MARÍA. No, ciertamente, el corazón de los romanos, de vosotros, que habéis heredado y transmitido durante largos siglos, junto con la fe de los mártires, el filial afecto hacia MARÍA invocada en sus venerandas imágenes, con los amorosos títulos de lapidaria elocuencia: *Salus populi romani. Portus romanae secu-*

Nadie desea más que Nos que el laicado salga de cierto estado de minoría de edad, hoy más que nunca innecesario en el campo del apostolado. Pero, de otra parte, es evidente la necesidad de una obediencia pronta y filial siempre que la Iglesia habla para instruir las mentes de los fieles y para dirigir sus actividades. Esta se guarda bien de invadir la competencia de la autoridad civil. Pero cuando se trata de cuestiones que atañen a la religión o a la moral, es deber de todos los cristianos, y especialmente de los militantes de la Acción Católica, cumplir sus disposiciones, comprender y seguir sus enseñanzas. Quisiéramos todavía añadir que también en el seno de la Acción Católica es necesario observar una estrecha disciplina entre los varios grados de las Asociaciones. Cuando realmente se tiene enfrente un ejército de férrea organización, ¿a qué peligro se expondría una milicia desorganizada en la que cada uno se creyese autorizado a juzgar y a obrar por propio arbitrio?

14. *Extensión del movimiento a todas las diócesis*. Pues bien, antes de concluir estas palabras quisiéramos confiaros una consigna. Recordáis, sin duda, que el pasado mes de febrero hemos dirigido a los fieles de Roma una cálida exhortación a fin de que el rostro, incluso externo, de la ciudad aparezca fúlgido de santidad y de belleza. Debemos decir que el clero y el pueblo están fervientemente dedicados a esta acción y que no han sido vanas nuestras esperanzas, no se ha frustrado nuestra confianza. Pero, al mismo tiempo, habíamos expresado el deseo de que el poderoso resurgir al que habíamos exhortado a Roma fuera "pronto imitado por las vecinas y lejanas diócesis para que a nuestros ojos fuera concedido el ver tornar a Cristo no sólo a la ciudad, sino a las naciones, los continentes, la humanidad entera". Para este que podríamos llamar "segundo tiempo" Nos contamos con los Hombres de Acción Católica, con toda la Acción Católica.

15. *"Queremos que reine"*. Así, pues, mientras los impíos continúan difundiendo los gérmenes del odio, mientras gritan todavía: "No queremos que Jesús reine sobre nosotros": "Nolumus hunc regnare super nos" (Lc. 19, 15), otro canto se elevará, canto de amor y de liberación revestido de firmeza y coraje. Se levantará en los campos y en las oficinas, en las casas y en las calles, en los parlamentos y en los tribunales, en las familias y en la escuela.

16. *¡Cristo vence!* Queridos hijos, Hombres de Acción Católica: dentro de breves instantes impartiremos con toda la efusión de nuestro corazón paterno la apostólica bendición a vosotros y a vuestros seres queridos, a vuestras obras y a vuestras asociaciones. Después volveréis a emprender vuestro camino, volveréis a vuestros hogares, reemprenderéis vuestro trabajo.

Llevad por todas partes vuestra acción iluminadora y vivificadora.

Christus vincit! Christus regnat! Christus imperat!

¹⁵⁹ *ritatis*⁽²⁾ y con este otro más reciente de *Madre del Divino Amor*, títulos todos ellos que son otros tantos monumentos de vuestra constante piedad mariana, y con mayor verdad, suaves ecos de una historia de manifiestas intervenciones de la Virgen en las calamidades públicas que hicieron temblar estos muros de Roma, siempre incólume gracias a su protección.

3. Frente a los graves peligros, examinarse qué se debe hacer. Ahora no se os oculta que los peligros que agobian sin cesar a la presente generación son mucho más extensos y graves que lo fueron las pestes y los cataclismos terrestres, si bien es verdad que la persistencia de su amenaza ha empezado a hacer a los pueblos como insensibles y apáticos. ¿No será éste el peor síntoma de esa interminable crisis que no disminuye y que hace temblar a todas las personas conscientes de la realidad? Por tanto después de recurrir nuevamente a la bondad de Dios y a la misericordia de MARÍA, es necesario que cada fiel, cada hombre de buena voluntad, examine, con resolución digna de los momentos trascendentales de la historia humana, qué es lo que puede y debe hacer como aportación suya a la obra salvífica de Dios, en auxilio del mundo de hoy, abocado a la ruina.

4. Después de la floración religiosa del Año Santo, sacudir el funesto letargo. La persistencia de un estado general, que no dudamos en llamar explosivo a cada instante, y cuyo origen debe buscarse en la tibieza religiosa de tantos, en el bajo nivel moral de la vida pública y privada, en la sistemática obra de la intoxicación llevada a cabo en las almas sencillas, a las que se propina el veneno después de haberles narcotizado, por decirlo así, el sentido de la verdadera libertad, no puede dejar a los buenos inmóviles en el mismo surco, contemplando con

los brazos cruzados un porvenir arrollador.

El mismo Año Santo, que suscitó una prodigiosa floración de vida cristiana, abierta primeramente en medio de vosotros y después en toda la tierra, no debe mirarse como un meteoro refulgente, pero fugaz, ni como un esfuerzo momentáneo ya desaparecido, sino como el primer paso prometedor hacia la completa restauración del espíritu evangélico, que, además de arrancar millones de almas a la eterna ruina, es el único que puede asegurar la convivencia pacífica y la fecunda colaboración de los pueblos.

Y ahora ha llegado el tiempo. Amados Hijos. Ha llegado ya el tiempo de realizar los pasos definitivos; es el momento de sacudir el funesto letargo; es la hora de que todos los buenos, todos los que se preocupan de los destinos del mundo, se unan y aprieten sus filas; es el momento de repetir con el Apóstol: *"Hora est iam nos de somno surgere"*. ¡Es hora de despertarnos del sueño, porque está cerca nuestra salvación!⁽³⁾.

5. Un mundo entero qué rehacer. Es todo un mundo lo que hay que rehacer desde sus cimientos; lo que es preciso transformar de rudo en humano, de humano en divino, es decir, según el corazón de Dios. Millones y millones de hombres claman por un cambio de ruta y miran a la Iglesia de Cristo, como a poderoso y único timonel, que, respetando la libertad humana, pueda ponerse a la cabeza de tan grandes empresas, y suplican con palabras clarísimas que sea ella su guía, y más aún con las lágrimas ya derramadas, con las heridas todavía sangrantes, señalando los inmensos cementerios que el odio organizado y armado ha extendido sobre los continentes.

6. La responsabilidad del Papa y de Roma. ¿Cómo podremos Nos, pues-

(2) "Salvación del pueblo Romano", "Puerto de la Seguridad Romana".

(3) Romanos 13, 11.

to por Dios, aunque indigno, como luz en medio de las tinieblas, sal de la tierra, pastor de la grey cristiana rehusar esta misión salvadora? Como aceptamos un día, hoy ya lejano, la pesada cruz del pontificado porque así Dios lo quiso, así ahora Nos sometemos al arduo deber de ser, en cuanto lo permiten Nuestras débiles fuerzas, *heraldo de un mundo mejor*, cual Dios lo quiere, y cuya bandera anhelamos confiar primeramente a vosotros, queridos hijos de Roma, los más próximos a Nos y los más particularmente encomendados a Nuestro cuidado, y por eso mismo también puestos como luz sobre el candelero, levadura entre los hermanos, ciudad sobre el monte; a vosotros, de quienes con todo derecho esperan los demás mayor intrepidez y más generosa presteza.

7. Exhortación a Roma a volver a sus realizaciones históricas de salvación. Acoged con noble ímpetu de entrega, reconociéndola como llamada de Dios y digno criterio de vida, la santa consigna que vuestro Pastor y Padre os confía: dar comienzo a un potente despertar de ideas y de obras. Despertar que obligue a todos, sin distinción de estado, al clero y al pueblo, autoridades, familias y asociaciones, a todos y a cada una de las personas, a una renovación total de la vida cristiana, a la línea de la defensa de los valores morales, en la realización de la justicia social, en la reconstrucción del orden cristiano, de tal manera que hasta el aspecto externo de la ciudad, ya desde los tiempos apostólicos centro de la Iglesia, aparezca pronto resplandeciente de santidad y de belleza.

La ciudad de Roma, sobre la cual todas las ciudades han ido dejando las huellas de sus gloriosas realizaciones, convertidas después en herencia de todo el mundo, ojalá reciba en el siglo presente, de parte de los hombres que hoy la pueblan la gloria de ser la promotora de la salvación común en

un tiempo en que las fuerzas opuestas se disputan el mundo. Todo esto aguardan de ella los pueblos cristianos, y, *sobre todo, esperan de ella acción.*

8. Acción y ya no discusión. No es éste el momento de discutir, de buscar nuevos principios, de señalar nuevas metas y objetivos. Unos y otros, ya conocidos y determinados en su esencia, porque han sido enseñados por Cristo, aclarados por la elaboración secular de la Iglesia y adaptados a las circunstancias de hoy por los últimos Sumos Pontífices, esperan sólo una cosa: su realización concreta.

¿Por qué regocijarse escrutando los caminos de Dios y del espíritu si en la práctica se escogen las sendas de la perdición y se doblega servilmente la espalda a la tiranía de la carne? ¹⁶¹ ¿Para qué serviría el saber y el decir que Dios es Padre y que los hombres son hermanos si se esquiva toda intervención divina en la vida pública y privada? ¿Para qué valdría el disputar sobre la justicia, sobre la caridad y sobre la paz, si la voluntad está ya resuelta a huir de la inmolación, si el corazón tiene determinado el concentrarse sobre sí mismo en glacial soledad, y si nadie se atreve a romper el primero la barrera del odio que separa para volver a ofrecer un sincero abrazo? Todo eso no lograría sino hacer más culpables a los hijos de la luz, a los cuales si han amado menos, se les perdonará menos. *No fue con esta desunión e inercia como logró la Iglesia en sus principios cambiar la faz del mundo y extenderse rápidamente*, continuando después su acción bienhechora durante los siglos y granjeándose la admiración y la confianza de los pueblos.

9. El principal enemigo es la indiferencia e inercia. Quede bien claro, Amados Hijos, que la raíz de los males presentes y de sus funestas consecuencias no está, como en los tiempos ante-

riores al cristianismo o en las regiones paganas, en la invencible ignorancia de los destinos eternos del hombre o de los caminos reales para conseguirlos, sino más bien en la insensibilidad del espíritu, en la dejadez de la voluntad y en la frialdad de los corazones. Los hombres contagiados de peste tal, como para justificarse, intentan el envolverse en las antiguas tinieblas buscando una disculpa en los nuevos y viejos errores. Es preciso, por tanto, actuar sobre su voluntad.

10. Cómo proceder: conocer los males y atacarlos. La acción a la que hoy llamamos a pastores y fieles sea reflejo de la de Dios, sea iluminadora y unificadora, generosa y amable. Para ello, enfrentándonos con el estado actual de esta vuestra y Nuestra ciudad, procurad conocer bien, en concreto, las necesidades; que estén bien claras las metas, bien calculadas las fuerzas disponibles, de modo que los presentes recursos iniciales no sean desaprovechados por estar desconocidos, ni desordenadamente empleados y gastados en actividades secundarias. *Que se invite a las almas de buena voluntad; que ellas mismas se ofrezcan espontáneamente.* Sea su ley la fidelidad incondicional a la persona de JESUCRISTO y a sus enseñanzas. Sea humilde y sumiso su ofrecimiento: que su trabajo se vierta como elemento activo en la grandiosa corriente que Dios moverá y guiará por medio de sus ministros.

11. Primero Roma y después la humanidad entera: las clases de almas y la secular misión. A este fin invitamos a Nuestro Venerable Hermano el señor Cardenal vicario para que tome la alta dirección, en la diócesis de Roma, de esta campaña regeneradora y salvadora. Estamos seguros de que no faltarán, ni en número ni en calidad, corazones generosos que se hagan eco de Nuestro llamamiento y realicen este Nuestro deseo. Hay *almas fervientes* que esperan ansiosamente que se les

llame; señálese a su impaciente anhelo el vasto campo que hay que roturar. Hay otras, *soñolientas*, que será preciso despertar; otras, *pusilánimes*, que habrá que alentar, y otras, *desorientadas*, a las que se debe guiar. Se pide a todas que se encuadren hábilmente, que se empleen con acierto, que su ritmo de trabajo corresponda a la urgente necesidad de defensa, de conquista y de positiva reconstrucción. Así volverá Roma a vivir su secular misión de maestra espiritual de las gentes, no solamente, como ha sido y lo es, por la Cátedra de verdad que Dios estableció en ella, sino también por el ejemplo de su pueblo, ferviente de nuevo en la fe, ejemplar en las costumbres, unánime en el cumplimiento de sus deberes religiosos y cívicos y, si Dios quiere, próspero y feliz. Nos deseamos gustoso que este potente despertar, al cual hoy os exhortamos, promovido sin tardanza y continuado tenazmente según el plan trazado, que otros podrán ilustrar más particularmente, sea imitado en seguida por las diócesis vecinas y lejanas, de modo que puedan Nuestros ojos contemplar la vuelta a Cristo, no sólo de las ciudades, sino también de las naciones, de los continentes, de la humanidad entera.

12. La mano en el arado. Manos, pues, a la obra: muévaos Dios, que esto quiere, que os atraiga la grandeza de la empresa, que os estimule su urgencia; el justificado temor del porvenir terrible que se derivaría de una culpable inercia, venza todo titubeo y afiance todas las voluntades.

13. Oración y ayuda divina; el auxilio de María. Os apoyarán las oraciones de los humildes y de los pequeños, a los cuales se dirigen vuestras más tiernas solicitudes, los dolores aceptados y ofrecidos por los que sufren. Fecundarán vuestros esfuerzos los ejemplares y la intercesión de los mártires y de los santos que santificaron este sue-

lo. Bendecirá y multiplicará el feliz éxito, por el cual ardientemente pedimos, la Virgen Santísima, la cual, si en todo tiempo estuvo dispuesta a extender su mano protectora sobre sus Romanos, no dudamos que querrá también ahora hacer sentir su protección maternal sobre estos hijos, que tan afectuosa piedad le demostraron en su reciente glorificación, de la cual aun resuena en este cielo el poderoso clamor de alabanza.

14. La Bendición Apostólica. Que os sirva, finalmente, de aliento y de ayuda la paternal bendición apostólica que con efusión de espíritu impartimos a todos los que Nos escucháis, a vuestras familias, a vuestras empresas y a esta Ciudad Eterna, cuya fe, ya desde los tiempos del Apóstol, es anunciada en el mundo entero⁽⁴⁾, y cuya cristiana grandeza, faro de verdad, de amor y de paz, se prolonga a lo largo de los siglos. ¡Así sea!

(4) Ver Romanos 1, 8.